

EDUCACIÓN AMBIENTAL Y CONSERVACIÓN DE LA NATURALEZA

Alfonso Balmori Martínez

Febrero 2001

Alfonso Balmori Martínez
Es biólogo y naturalista

La educación ambiental se aparta de la transmisión tradicional de conocimientos y destrezas para adentrarse en la nebulosa de la ética y la sensibilidad. No es sólo para los niños, ni tampoco exclusiva de adultos. Es algo más que conocimientos, pero necesita de ellos. Es interrelación, espíritu crítico y mirada global. Es pensamiento, inquietud e inconformismo. Es compromiso y dedicación.

Tradicionalmente la educación ha tenido como destinatarios a los niños y jóvenes, preparándoles para la vida en sociedad. La formación de adultos se ha dirigido generalmente a cubrir lagunas o perfeccionar conocimientos en personas que en sus primeros años, por distintas razones, no pudieron obtenerlos, pero raramente a modificar actitudes y pautas de comportamiento vigorosamente arraigadas. Indudablemente, no son los niños los que toman las decisiones que roban a los paisajes su colorido aunque, si les enseñamos a apreciar la gama natural, el futuro será mejor. Es perentorio actuar sobre los adultos, auténticos responsables del empobrecimiento del campo, y la desaparición de sus habitantes genuinos, de lo contrario, cuando los jóvenes tomen las riendas de la sociedad, poco quedará para conservar. Se hace necesario el reciclaje y formación de adultos en un contexto de aprendizaje permanente, durante toda la vida. La rapidez con que se producen los cambios de la sociedad impone dicha necesidad.

Una **educación ambiental para adultos y gestores** es la auténtica asignatura pendiente de esta disciplina transversal. Seguramente porque existen pocos adultos que "en lo suyo" se dejen asesorar. En ocasiones se evidencia cómo una dosis de interés, o simplemente "algo más de formación" consiguen el objetivo. Existen casos en que la simple sustitución de una persona por otra en determinados puestos de responsabilidad es decisiva. Porque, desengañémonos, la ignorancia o el desconocimiento, cubiertas por un manto de arrogancia, acostumbra a estar agazapadas en la raíz de bastantes males. Otras veces los cambios dependen de muchos; cambios generalizados en las formas de actuar, repartidos alícuotamente entre todos. Con frecuencia la rutina perniciosa es una simple cuestión de modas, escaparate de esa propiedad emergente favorecida por los modernos medios de comunicación: la tontería social. Posiblemente sea necesario incluso llegar allá, asaltar los ámbitos aparentemente más alejados para lanzar el mensaje. En ese espacio donde los personajes con influencia social, artistas, líderes políticos o los divulgadores de la ciencia, de espíritu comprometido y querencia alfabetizadora en lo ambiental, tienen gran influencia y responsabilidad.

La educación ambiental no arraiga sobre cerebros en barbecho, mentes estúpidas o cegadas por el egoísmo anquilosante. El poso cultural es necesario para que resurja el aprecio a lo vivo, enterrado bajo los sedimentos del ficticio y supuesto éxito de la especie, ensanchando la **generosidad interespecífica**. Alojados en las ciudades, construidas a la medida de nuestra funcionalidad, se han estirado y embrollado tanto los lazos que nos unen al campo que la bruma social impide ver la naturaleza, consustancial a la existencia humana. El hombre de la ciudad ha olvidado su relación y su deuda con la vida. Ha trastocado sus ciclos intentando hacerlos acordes con sus pretensiones de poder. El ansia de dominación ha invadido todo para explotarlo al máximo. Pero la materia y la energía que utiliza y le mantiene vivo, provienen de la tierra y el sol, a través de delicados y complejos mecanismos biológicos, de laberintos ecosistémicos. El hombre vive aislado de la naturaleza en sus grandes urbes. Los procesos naturales cada vez le son más ajenos y piensa que todo es artificial. Cuando se estropea una cosa la arregla. Lo artificial es reversible y esas ideas de reversibilidad y poder las extrapola a su relación con el mundo natural. Pero la naturaleza y las especies no las ha hecho el hombre, son anteriores a él, producto de procesos complejos, muy largos en el tiempo. Su pérdida es **irreversible** y nuestra intromisión en ellos peligrosa, suicida.

De poco sirve educar ambientalmente a personas ineducadas en los aspectos sociales, una cultura general es imprescindible para dar el salto a la temática ambiental. Pero los troqueles de la educación convencional, con demasiada frecuencia, encorsetan las mentes y comportamientos fijándolos en el tiempo, obstaculizando la implantación significativa de las nuevas ideas, ciertamente complejas e innovadoras, que rompen con el sistema educativo e incluso con la Sociedad tal como está organizada en la actualidad. Como cualquier otro sistema físico, el social intenta perpetuarse respondiendo reactivamente frente a las amenazas de cambio, con mezcla de temor a lo que pueda llegar, de intereses encontrados o de apoltronamiento acomodado; mostrando un claro síndrome de abstinencia ante el riesgo de desaparición del consumismo despersonalizador, artífice de dependencias difíciles de desmontar. El caso es que, cuando las multinacionales y los intereses económicos a cualquier precio toman las riendas del destino del mundo, urge el rescate del individuo de miras lejanas y proyectos trascendentes, el despertar de los mecanismos adaptativos, los puramente biológicos del sistema inmunitario mental, cada vez más debilitado por la propia sociedad en la que vivimos.

En este sentido se aprecia un gran contraste entre las personas concienciadas y con conocimiento y el resto de la población, desconectada de los entresijos de la conservación, que recibe esporádicamente noticias sensacionalistas sobre el tema en los medios de comunicación.

Cómo explicar a la gente común que nuestro gusto por el campo y sus habitantes no es algo frívolo o superfluo, sino la concreción dirigida de la pasión por el planeta y su conservación. Conocer la naturaleza o al menos acercarse a ella con respeto y admiración, requiere años de dedicación y estudio, de



sensibilidad creciente. Es necesario además un talante que se debate entre la afición y la obsesión por lo salvaje y lo genuino, que gusta de saber de la existencia de formas de vida aunque no siempre pretenda o pueda disfrutar de ellas. La conservación es un altruismo con visión de futuro, egoísta en el tiempo. El hombre no espera, pero la naturaleza vive más despacio, los beneficios son a largo plazo...

La **educación ambiental para la conservación** suele simplificarse a lo llamativo, frivolizando su verdadera importancia. Al parecer, por el mero hecho de tener mascotas se ama a los animales. El hombre selecciona sus propios animales pero no se acuerda de los salvajes. Su mundo, incluso animal, se aleja del auténtico. El campo se asimila y restringe al aprovechamiento de las especies y sus propiedades útiles, en la medida en que mejoran nuestro bienestar. Esto puede alcanzar grados ciertamente peligrosos con las manipulaciones genéticas, creando auténticos animales y plantas de diseño, pero esta vez para llevarlos al campo y suplantar a los de verdad. Son juegos demasiado peligrosos para ignorarlos o tomarlos a broma. Mientras, el ciudadano de a pie vive engañado por conceptos que se desvirtúan y por denominaciones que se adulteran.

La sociedad cada vez demanda más naturaleza, integrada como bien de **consumo** por un sistema que engulle lo que encuentra a su paso. Existen pocas personas que no salgan a buscar setas, coger caracoles, cazar o a recorrer espacios naturales los fines de semana. Ello no es malo en sí pero isomos tantos!. La presión sobre la naturaleza se ha multiplicado en los últimos decenios, al tiempo que se divulgaban sus virtudes, muchas veces como única salida para poder preservarla. Para amar hay que conocer, pero al conocerla con nuestros postulados consumistas, la exprimimos. Necesitamos llevarnos a casa algo de ella, inmiscuirnos en sus santuarios más sagrados y dejar en ellos nuestra intrusa, ajena y forastera huella forjada en el asfalto. El campo necesita sosiego y silencio, nuestra masiva afluencia debe estar muy bien planificada y esto, aunque nos cueste, debemos asumirlo todos.

La **educación para la conservación** va desde explicar que los topillos o los lobos no los sueltan los ecologistas ni la administración, hasta hacer comprender que la abundancia de bichos y hierbajos no es signo de desidia y desorden, sino al contrario de riqueza y salud natural. Es facilitar la transmisión y aprehensión de conceptos complejos como sucesión, madurez de los ecosistemas o funcionamiento de la naturaleza sin intervención humana. La complejidad que encierra la problemática de cada especie choca frontalmente con la simplicidad con que las conoce la gente común. A veces los caminos son tortuosos e incluso paradójicos y la poesía es obligada a transformarse en utilitarismo y la teoría en pragmatismo para poder avanzar en este modelo de sociedad que todo lo valoriza económicamente. Superado ya el reduccionismo y la idea mecanicista del mundo, entramos de lleno en el **paradigma de la complejidad**. Las interrelaciones y procesos de realimentación, propios de los sistemas complejos deben impregnar los nuevos planes de educación ambiental. La comprensión de la estructura y funcionamiento de los sistemas naturales, ha de ser un objetivo prioritario que de paso al cambio de mentalidad.

Otro problema es la dificultad de asociar o relacionar comportamientos con deterioros lejanos unidos por largos y sinuosos hilos de causalidad. Los sistemas naturales, amortiguadores de los cambios bruscos, no responden con rapidez a las agresiones ni tampoco de forma clara y directa. Sus respuestas son en la mayoría de los casos desconocidas, inextricables y de gran alcance. Es difícil explicarle a un niño el fenómeno homónimo que provoca durante años cambios globales, cuando los científicos con potentes ordenadores sólo logran entender lejanamente su funcionamiento por el gran número de variables interconectadas. Pero no es más fácil explicárselo a un adulto, hablarle del efecto mariposa, las sinergias o el tiempo caótico, por mencionar procesos de la atmósfera, sin entrar en los relacionados con la hidrosfera, la litosfera o la biosfera interconectados entre ellos, englobados en sistemas más amplios y complejos cada vez.

Gestionar la naturaleza, un ente global, sistémico y complejo desgajándola en trocitos, es fatal y erróneo. Se echa en falta la aplicación de políticas globales, la generalización de una visión amplia e integral de la naturaleza. La especialización nos ha llevado a ver sólo la parcela en la que nos consideramos seguros. Los especialistas en visiones holísticas y los generalistas, concededores de muchas parcelas con menor intensidad, tienen mucho que aportar hoy en día. La visión reduccionista y fragmentadora de la naturaleza está ganando la partida. Simplificamos lo complejo para un supuesto desarrollo que simplificará más en una hélice sin final.

Cuando surgen conflictos de intereses, se perjudican los de algunas personas o se restringe un determinado aprovechamiento, a primera vista sólo sale beneficiada la especie de turno. Aquí es cuando aparece una de las **demagogias** más sangrantes, dañinas y miopes para el buen hacer y pensar del vulgo. Una de las más destructivas, porque carcome los cimientos de la educación que tanto cuesta conseguir. Se trata de que lo primero es el hombre, ino van a estar antes unos cuantos patos o esa charca plagada de mosquitos!. Esta y otras expresiones parecidas menudean. Son falacias que ignoran los efectos en el hombre del boomerang de destrucción de espacios y especies. Asociado a ello la gente se hace más intransigente, pidiendo subvenciones o indemnizaciones por daños que antaño se asumían como naturales, propios de la actividad, que ni se pasaba por la cabeza reivindicar.

Dado el gran poder humano para transformar, la asunción del mínimo **intervencionismo** no es bien entendido por muchos profesionales educados en esta visión. Es difícil explicar a un experto en escolleras, que el mejor freno para las crecidas en un río es un bosque de ribera maduro. O decir a esos cerebros entrenados en el tiralíneas que en la naturaleza no existen líneas rectas y cuando se colocan en el campo los animales se chocan contra ellas. Es complicado explicar a personas que han estudiado años sobre la ordenación de los bosques, que lo mejor, lo que más se acerca a la conservación es un bosque desordenado, es decir natural. La máxima conservación de la biodiversidad se consigue con la mínima intervención. Complicado es también hacer ver a la sociedad que aparte de los aprovechamientos humanos y una vez satisfechas sus necesidades (¿se satisfacen alguna vez?), existen requerimientos intrínsecos al bosque como la existencia de árboles viejos que mueran de pie, que cuando caigan por el empuje de la ventisca o el peso de la nieve se desmenucen lentamente en el suelo, alimentando a los elatéridos, cerambícidos, roedores, hongos... creando diversidad. Porque la biodiversidad es también lo que no se ve y lo que desconocemos.

Las especies pequeñas, poco lucidas, inconspicuas o sin predicamento no suelen entrar a formar parte de las "elegidas". ¿Cuanta gente conoce o lamenta el **declive** durante los últimos treinta años del escribano hortelano, el bisbita campestre, la ortega o el sapillo pintojo, de las chicharras, las ranas o las codornices?. Sólo nos damos cuenta cuando recordamos cómo era antes. Se van sin decir nada mientras el campo se va quedando en silencio.

El bajón que han pegado las especies desde la victoria de la "química" sobre la "biología" es patente para cualquier observador que cuente con unos años de experiencia campera. Mientras la agricultura se intensifica, los regadíos invaden nuevos territorios con solera de secano. En estas circunstancias de paisajes monótonos y pobres, de sustancias ajenas a la vida y a la tierra, que no respetan la alhucema y la salvia, la carrasca o la sabina, la educación ambiental es urgentísima.

Pero no siempre es fácil. Como ejemplo demostrativo de la **complejidad de la educación ambiental** en algunos ocasiones utilizaremos el caso del lobo, especie particularmente emblemática y conflictiva. El lobo es una especie controvertida que provoca pasiones enfrentadas en los humanos: acérrimos defensores que exigen la máxima protección frente a detractores convencidos que piden su exterminio total, ocasionando posicionamientos desmedidos y polarizados por parte de la población. Existen varias circunstancias que agravan la controversia y el apasionamiento: por un lado su opuesta situación poblacional, próspera en el norte (Castilla y León) y casi en peligro de extinción en el sur (Sierra Morena); por otro su estatus legal, considerándose especie cinegética al norte del Duero pero estando estrictamente protegida en el sur. Parece razonable realizar sobre el lobo (sobre las poblaciones que experimentan expansión) una caza controlada que evite el malestar de un sector de la población que padece sus ataques, persiguiendo además el furtivismo y los venenos en el campo, fruto de represalias que no hacen sino dar el golpe de gracia a otras especies en situación mucho más delicada. El mayor enemigo del lobo, son las posturas radicales que se aprovechan de una población afortunadamente sensibilizada por la conservación de las especies, pero con escasa información concreta sobre su estatus poblacional y pautas de gestión. Es importante para aliviar tensiones sociales compensar al ganadero por su pérdida económica, con cuidado para no crear dependencia. Hay que educar a los ganaderos, enseñarles de nuevo a convivir con el lobo, pero también a personas guiadas por intereses muy concretos, para centrarlas en los diferentes puntos de vista, los pros y contras o efectos indeseables de posturas enfrentadas.

Urge mantener los **valores globales del sistema natural**. Nos estamos acostumbrando peligrosamente a salvar islotes, mientras damos por perdido el resto del archipiélago que sucumbe al supuesto desarrollo. No debemos perder ese ideal de conservación global, tirar la toalla, rendirnos a lo que se nos presenta como inevitable pero que en el fondo de todo naturalista permanece como anhelo. El conjunto de la sociedad empieza a valorarlo, pero hace falta tiempo, y el tiempo perdido es sinónimo de merma ecológica, de destrucción.

Entre tanto las especies con su admirable capacidad de adaptación logran sobrevivir a duras penas: los carboneros comen migas de pan, los zorros se internan en las ciudades, las nutrias bucean en ríos opacos, las cigüeñas comen basura y los murciélagos se acostumbran a hibernar con las detonaciones cercanas de una cantera que amenaza con destruir su cueva, eso sí, protegida.